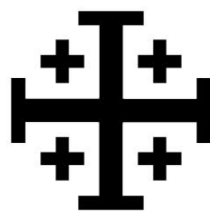


**PREGÓN DE LA
SEMANA SANTA
DE AZUAGA**

D. Manuel Fuentes Márquez

26 de marzo de 2023



INTRODUCCIÓN:

En mi estrecho caminar por la vida, siempre he presumido de mi patria chica. Jamás he renegado de mi condición, y antes que extremeño, allá por donde he ido, me he presentado como azuagueño. Y cuando me han preguntado por cómo es mi lugar de origen y la cuna de mis antepasados, nunca he tenido respuesta corta, pues son tantos los pensamientos que las palabras me desbordan. Yo les digo con orgullo que no tiene que envidiar a Sevilla, ni a Madrid ni a Barcelona, ni a la Córdoba de las Tendillas. Que cuando Dios hizo el mundo, sobre esta piedra dejó un pueblo digno de culto. ¿Cómo te lo explico hermano? ¿Cómo puedo describirte un sentimiento que escapa al entendimiento humano?

Porque Azuaga es capricho de dehesa, el temple blanco sobre un lienzo azul, olor a campo de tierras labradas, pardas y negras, el sabor del ibérico que cura la salud. Azuaga es principio, retoño de Sierra Morena, hija del monte y la Campiña Sur, que al amparo de cigüeñas fue alumbrada entre robles y encinas y bautizada en un Bembézar de agua clara luz. Castillo y callejuelas, alcazaba de Santiago, Humilladero en la Cruz. Ecos de Extremadura que claman desde su alminar en un Miramontes que mira hacia al cielo andaluz. Porque Azuaga es Parroquia, Virgen Inmaculada, que al paso de los siglos sigue lanzando al vuelo campanadas. Merced benefactora, con gracia concebida, arcángel de la guarda que a los pobres expías. Pozo Santo de almas milenarias que purifica su cauce en un Atenor de vida.

Créeme, hermano, Azuaga es la mano de Cristo que obra milagros. No seas incrédulo como Santo Tomás. Aquí la festividad se vive con el gozo y la alegría de las bodas de Caná, convirtiendo el agua en vino y multiplicando el pan. Y con las mismas, cerrarás los ojos y respirarás paz, porque en esta tierra, donde todo se agita, Dios calma la tempestad. Y caminarás sobre las aguas, henchido de fe, cuando veas al enfermo sanar después de besar los pies sangrantes de un Cristo que ha resistido a las llamas de la barbaridad.

Sígueme hermano, levanta como Lázaro y echa a caminar. ¿Lo ves? En Azuaga las parábolas se hacen realidad. Observa al hijo pródigo que vuelve a casa año tras año para cargar las andas o ejercer de capataz. Admírate del buen samaritano que



se encarna en unas Hermanitas benefactoras de desvalidos ancianos. Y humíllate ante la triunfante humildad del publicano que sigue cabeza gacha sus pasos. Él es el mismo que labró estas tierras para multiplicar los talentos y hacer brotar las semillas que cuidó con tanto esfuerzo.

“Efatá”, “¡Ábrete!”. Escucha, hermano, como el sordomudo al que Jesús sanó en el Lago. El estandarte avanza, y los tambores, bombos, trompetas y flautas anuncian el cortejo de un misterio o un palio cargados de simbolismo y esperanza. Abre los oídos. Siente romper “La Pasión”, caer “La Madrugá”, el alumbramiento de una “Coronación” y a los “Campanilleros” pasar. La saeta callará, hasta el mismo silencio te parecerá canto y la congoja y el recogimiento brotarán de tu pecho cuando rompas en llanto.

¿Lo comprendes ahora? Este es mi hogar: el que Cristo, mi familia y mis vecinos me han sabido legar. Aquí está la Casa del Padre, la alcoba de María, el pozo con el que la sed no volverá. No habrá demonios, ni Pedro desatará sin permiso, que no quedará profecía por cumplimentar sin testigos. Lávate los ojos, hermano y recobra la vista como Bartimeo. Desprende el barro de tus párpados y contempla la escalera de Jacob por la que Cristo desciende cada Semana Santa rememorando su Pasión, Muerte y Resurrección. Esta es Azuaga, hermano, esta es la tierra de Dios, la que desde una borriquilla cubre de palmas un huerto en busca de la oración, la que carga humillada con la cruz de la postergación llorando amarga, suplicando perdón. He aquí el solar del Silencio, el suspiro de la Expiración. El último refugio de una Esperanza exaltada hasta la última petalada, que siente impasible un Mayor Dolor de espada traspasada y asiste a un Santo Entierro a sabiendas de que la vida se abrirá paso después de cada caída y levantada.

Esta es Azuaga, hermano. El reino de un Crucificado que ante el dolor y la muerte se erige triunfante sobre mi alma y la de mis antepasados. ¡Santíguate y humíllate ante él! Cuando levantes el rostro y lo mires a la cara, no me preguntes por qué, sabrás lo que realmente significa Azuaga.



Reverendo Sr. Párroco, Exmas. e Ilmas. Autoridades, Ilmo. Sr. Hermano Mayor de la Cofradía de Nuestra Señora de la Esperanza, Nuestro Señor de la Humildad y Paciencia y Oración en el Huerto de Azuaga, Grupo Parroquial del Santísimo Cristo del Humilladero, Cofrades y Amigos todos.

“No queda nah”, que diría mi abuelo. En menos de una semana, si el tiempo nos lo permite, estaremos llenando de júbilo y mutismo las calles de nuestro pueblo en lo que muchos consideramos la semana más grande del año. Para entonces, esta Parroquia se nos quedará chica y se nos hará mentira que, por aquella misma puerta, al toque de la “Marcha Real”, sean capaces de salir los pasos. Es curioso que uno de los primeros recuerdos que se me vienen a la cabeza es, siendo muy pequeño, subido a los hombros de mi padre camino de la Plaza del Cristo en busca de la procesión. “Papá, ¿vamos a ver al Señor?” Causa impresión en un niño la imagen de un hombre sufriendo, una madre rota y afligida, el rostro cubierto de un nazareno o el zumbido de unas cornetas y tambores capaces de erizarte el vello y encogerte el corazón. “¿Le pesa mucho la cruz?” “¿Y la Virgen por qué llora, mamá?” No sé si fue esa primera impresión la que me embaucó o quizás fuera la escena de mi padre, enfajándose y ajustándose el costal cada Jueves Santo de Madrugada. No lo sé. Lo que sí sé es que, desde muy pronto, las escenas vivas y lúgubres de aquella Sacra Semana me llevaron a creer por momentos que vivía en un sueño. Un sueño para no despertar. Ojalá.

Pero uno crece y llega el día en que la admiración y la contemplación dejan paso a la participación. Del mito al hermanamiento. Así fue la permuta de lo que para mí era la Semana Santa entre mi adolescencia y mi infancia. Las primeras zancadas las di bajo un hábito, y no de franciscano, sino de monaguillo con un vuelo inocente y travieso, portando ciriales, naveta, incensario o la cruz de guía que anunciaba el recorrido de la procesión. ¡Si me estaré viendo que parece que fue ayer...! Vestí también, para qué negarlo, de nazareno y acompañé de manera muy solemne, con toda la paciencia que cabe esperar de un niño, a la comitiva de la cofradía. Pero aquello duró menos y aunque mi madre batalló, no terminé por ceder. Por esas mismas fechas aprendí lo que era ser costalero. Nuevamente fue de la mano de mi



padre, que tenía especial ilusión en que acudiera a los ensayos de su cuadrilla del Cristo del Humilladero. “Menudo elemento”, debió pensar Eusebio de la Coba cuando me vio llegar aquel martes por la noche. Pero yo, callado -y eso en mi es raro- observé y pronto aprendí lo que era la camaradería y la fraternidad desde dentro. Y desde entonces, aquellos valores, fueron una constante debajo de los pasos. No tenía más que trece años, pero mi concepto de la Semana Santa cambió por completo: se acabó la admiración; empezaba el respeto.

Respeto a la gente que cambió esto. A aquellos que prescindieron de las ruedas y se echaron los misterios y los palios a las espaldas con hombreras y costal. A aquellos que decidieron moverse para organizarse, planificar y actuar. A aquellos que han dedicado y dedican su tiempo a ensamblar cada pieza, cuidar las cuadrillas y vestir las imágenes. A aquellos que, sin descansar, acuden a los ensayos por devoción a lo que llevan y decoro a sus compañeros. Respeto para todos ellos, para los que persisten y para los que ya no están. Respeto y gracias por cuanto nos habéis dejado -que no es poco-, pero seamos sinceros, esto se nos muere.

Y se nos muere porque queremos, porque la Semana Santa es una semana de compromiso, de trabajo de todos para todos: desde el costalero al devoto de la calle, pasando por el capataz, las autoridades, los músicos, penitentes, mantillas y alabarderos. Sin compromiso no hay participación ni devoción, nos estancamos y sólo vamos a peor. Espero equivocarme, pero este año nos volveremos a estremecer cuando contemos los nazarenos y veamos que cada vez hay más espacio para ordenarlos. ¿Y de los costaleros? ¿Hace cuánto tiempo dejamos las reservas a un lado y salimos con lo justo sin poder ofrecer una magna como cada Jueves Santo? Nos quejaremos cuando veamos “lo mismo de siempre” y que la calle ya no sigue a aquellos que entregan tantísimo tiempo para ofrecer un espectáculo de fe inigualable. Y ya está bien de menospreciar a aquel que innova y se esfuerza para que esto siga adelante, porque, para crecer, a veces hay que agachar la cabeza y reconocer que otros trabajan mejor. Obviemos el “esto no es Sevilla”, claro que no lo es, pero tampoco somos un pueblo pequeño que deba cerrarse en banda a todo lo que nos pueda engrandecer.



Estoy cansado de oír que tenemos una Semana Santa que no nos merecemos. Aún estamos a tiempo, azuagueños. No será rápido, pero con trabajo, colaboración, dedicación y esfuerzo, poniendo atención y aprendiendo de los mejores consejos, puedo aseguraros que más allá de la Madrugada del Jueves Santo, sentiréis caminar a Dios por las calles de vuestro pueblo.

¡Aún estamos a tiempo, azuagueños!

Cabalga, borriquilla:

Y recordarás las palabras del profeta: “Tu rey viene a ti; él es justo, y tiene salvación; humilde, y montando sobre un asno”. Y recordarás las palabras del profeta otro año más cuando, al toque de “Hermanos Costaleros”, veas abrir las puertas del templo, desatando la primavera que anuncia un rosario de vencejos y a un mar de niños salir a su encuentro en la Jerusalén de Azuaga.

Y el cielo añil enjuagará las calles,
lavando el rostro de esas criaturas,
que alegres irán a la derecha del padre.

Y el brillo del sol dorará las aceras,
reflejando el esplendor de sus ojos,
irradiando la más pura inocencia.

Y el rocío fresco cubrirá los tejados,
acariciando las ramas de olivo que
con dulzura recogerán en sus manos.

Y el incienso floral envolverá la plaza,
insuflando nostalgia, aromas de niñez,
que respirarás cuando mires sus caras.



Ya llegan con palmas,
vienen a cientos,
de pureza sus almas,
al son campanillero.
“¡Ahí está la borriquita!”
“¿Es ese Jesús el Nazareno?”
“¡Grita conmigo hossana!
Es el hijo de David,
el Mesías verdadero”.

Abre camino, martillo plateado,
golpea en unas Mercedes conmovidas,
tú anuncias la venida del Sagrado
al vuelo bajo de las golondrinas.

Dulces recitan las flautas
melodía del catecismo,
la partitura impoluta,
la composición de Cristo.

Ni rastro de lujos,
en él todo es sencillo,
lleva los pies descalzos
de inmaculado brillo.

Las nubes lo cubren de blanco,
perfuma el azahar sus vestidos.
Y tras él florece el campo,
entre sonrisa y suspiro.



No cabecea, marcha lozano,
serpentean al viento las crines
a un trote alegre y sentado.

No le pongáis cabezales,
lo va guiando Gonzalo,
dejadlo susurrarle
él sabe amansarlo.

De bronce es el asno,
de seda la manta,
lucen oro sus cascos,
pasando calle Llana.

Cabalga, borriquilla, cabalga.
Cabalga grácil, no pierdas el paso,
que sobre ti va el Hijo del Padre,
la cuna del amor y su ocaso,
la mano que bendiciones reparte.

Brindan al sol campanas,
trompetas celestiales,
anunciando tu llegada,
a los vientos proclamándote

Cabalga, borriquilla, cabalga.
Cabalga alegre y alarga tus zancas,
llueven flores y matas de romero
desde los balcones y las terrazas,
que lanzan hebreos y nazarenos.

Los niños se acercan,
¿Escuchas lo que cantan?
“Dios guarde al Salvador”
“Hossana, hossana”
Y los ángeles aclaman
“Bendito el que viene en nombre del Señor”
“Hossana, hossana”

Cabalga, borriquilla, cabalga.
¡Cabalga hacia la gloria!
Rebuzna y alza el vuelo
¿Ves las puertas de la Parroquia?
¡Azuaga ha salido a recibir al Rey de los Cielos!

Amargura en un Atrio de olivos:

¿A dónde vas, Amargura? ¿A dónde vas tan afligida y desesperada? Veo el sufrimiento en tus ojos... Sabes su destino, ¿verdad? Lo conocías desde el principio... Dios te eligió a ti para llevar a su Hijo en tu vientre, para alumbrarlo, criarlo y darle todo el amor que después habría de sembrar en esta tierra yerma de compasión. Tú lo sabías, Amargura, pero siempre te costó aceptarlo. Como cualquier madre, te aferrabas a unos momentos que ignorabas efímeros porque los sentías eternos. Creías... Creías que las horas no pasaban cuando aquel niño recién nacido se quedaba durmiendo reconfortado en tu pecho. Pensabas... Pensabas que los días y las noches no corrían mientras lo veías dando sus primeros pasos dejando las gatas. Deseabas... Porque en verdad lo deseabas, que el tiempo se parara con cada caricia, cada beso, cada risa y cada llanto, cada vez que a tu dedo se aferraba su mano mientras esos ojos vivos te miraban con todo el encanto.



No hace falta que me digas nada. Cúbrete bien, que la noche aprieta y hace rasca. Arrópate bajo ese manto rojo bordado de flores de oro y hojas de plata, espejo de la pasión, símbolo del poder, el calor, la sangre, la fuerza y el drama que distinguen a toda madre de raza. Tápate, Amargura, y toma este pañuelo de encajes para que seques las lágrimas de esa cara de niña que no merece empaparse. Lo has hecho todo bien, nadie nada puede reprocharte, porque te aseguro que pasarán los siglos y seguirás siendo ejemplo y devoción inmutable. Si no, ¿a quién crees que van dedicadas estas flores de cera y estos ciriales? ¿A quién crees que sacan en procesión esos costaleros bajo sus varales? ¿Por qué motivo cada Semana Santa te requiebran a raudales?

Me preguntas por él... No hace mucho que salió por esa puerta acompañado de Pedro, Juan y Santiago. Sí, se fue, pero antes de irse nos dijo en la cena que lo que hubiera de cumplirse se cumpliría y nos dejó un último mandamiento de amor que habríamos de predicar en su honor. Decía que iba a orar, como tú y su padre le enseñasteis, como él nos ha sabido legar. Si lo ves, dale las gracias por el vino y por el pan. Dale las gracias por su cuerpo y por su sangre y por invitarnos a comer con él en la mesa del Padre. Dale las gracias por las enseñanzas, por los ejemplos, por los milagros y porque a su lado nunca nos ha faltado de nada. Dale las gracias por ser el pastor que jamás abandonó a una oveja descarriada.

Sigue la campana, no deambules por las calles, no te pierdas en la oscuridad de los malos augurios ni te dejes llevar por los presentimientos fugaces. Lo encontrarás en el huerto de Getsemaní, a las faldas del monte, en los umbrales de un Atrio de olivos, vestido de púrpura como los grandes. Lo verás sólo, rezando arrodillado, enfrentándose a la última piedra de su camino. Y aunque para entonces, a poca distancia, encuentres a sus apóstoles dormidos, no temas Reina y Madre, que Dios lo ha provisto todo enviándole un ángel. No, el Padre no apartará de él el cáliz de salvación, no lo elevará aún a las alturas, no lo librá del sufrimiento y ni aun sudando sangre cambiará una sola palabra de las escrituras: “El Hijo del hombre será entregado” “No se haga mi voluntad, sino la tuya”.



¿Por quién reza? ¿Pide piedad o pide clemencia? Quiero oírle, madre, para aprender y recitar lo mismo que él en los bancos de esta iglesia, para repetir, antes de dormir, la palabra del Señor con todo su fervor. Para dejar constancia de su verbo como tú hiciste con su carne el día de la Anunciación. Quiero oírle, madre, pero no alcanzo a entender lo que murmura y aún más me cuesta leer de entre sus labios... ¿Qué es aquello que susurra? Sólo hay “Silencio Blanco”, silencio penitente, angustia de trompeta, redoble de tambor y aliento de corneta. Silencio roto en una Mesones de luna llena, que anuncia premonitoria el cautiverio que marcaban las estrellas. Silencio para un Judas traidor que con un beso pone en las manos de sus enemigos a su mentor.

¿A dónde vas Amargura? Ven, enjuaga tu pesar, aférrate al rubí de tu pecho y rompe a llorar. Tú, de nombre María, la elegida de Dios, por Dios bendecida. Tú, la más agraciada, hoy, en este trance, te ves maldita. Vuelve sobre tus pasos Regina, déjate llevar coronada, sigue a tus penitentes hasta tu puerta de Consolación y no te culpes por nada. ¿No comprendes que no estaba de tú mano ni de tú protección?, ¿que no podías contravenir los deseos de Dios? Siéntete bienaventurada y orgullosa, divina reina, madre y señora. ¡Que tu hijo, aquel que en la vida fue tú aurora, está cumpliendo con la humanidad dando el primer paso de su pasión redentora!

¿Dónde estás nazareno?:

Hubo un tiempo no muy lejano en que las calles de Azuaga recordaban a las grandes avenidas de ciudades como Málaga y Sevilla, con un bullicio de gente siguiendo los pasos y comitivas interminables de capirotos, túnicas, cirios y antifaces. Hubo un tiempo no muy lejano en el que bien parecía que Azuaga se dividía en dos: a la orilla un público solemne y al fondo, un piélago de hermanos penitentes. Hubo un tiempo no muy lejano en el que el protagonista de las procesiones no era la imagen: era el nazareno.



Y así lo recuerdo yo, cuando de noche, a la tenue luz amarilla de las farolas, agarraba con fuerza la mano de mi padre o la de mi madre, rendido ante el poder de las imágenes y sobrecogido por aquella ceremoniosa peregrinación de anónimos encapuchados cofrades, a quienes inútilmente buscaba los ojos para tratar de ponerles cara e identificarles. Vano trabajo aquel, porque finalmente me perdía repartiendo la vista de arriba a abajo, recreándome entre el enhiesto capirote, la pálida capa bordada y el oscuro hábito morado atado con un cingulo del que colgaba una llamativa medalla. Inocente, me preguntaba, qué manos guardarían aquellos guantes blancos que se aferraban a ese cirial de latón y madera débilmente iluminado. Desconcertado, buscaba dar nombre a aquellos pies descalzos que se arrastraban sin mostrar dolor entre adoquines y asfalto. ¿Por qué harían aquello? Me preguntaba yo.

Ignoraba por completo la Promesa, pilar fundamental de la Semana Santa como acontecimiento religioso y celebración de profundo corte espiritual. La promesa es el paso que más pesa, es la procesión invisible que sin ruido se lleva. La promesa es la penitencia, la petición desesperada, el último grito en silencio de los atormentados y la estrella que más brilla entre los corazones sin deslumbrar ni hacer señas. Todos la hemos visto en casa y ninguno ha hecho alarde de ella. La promesa es la mayor muestra de fe, porque como el publicano ante el fariseo en el templo, no necesita mostrarse para dar testimonio y cumplir con Dios. No necesita ser mentada ni descubierta. Y quizás ahí esté la respuesta...

Quizás ahí esté la respuesta de la reducción de nazarenos en nuestras estaciones de penitencia: en la falta de compromiso y en la antítesis del anonimato. Por eso, hoy más que nunca, un penitente vale por cuatro. Porque con él no van las modas, no aspira a fotos ni a reconocimiento público y como hoja perenne se contenta con vestir el mismo hábito de cada año y acompañar, uno tras otro, los misterios y los palios. Cada noche, el nazareno olvida el disfrute y el descanso y se consagra como actor secundario de un divino relato. Porque, a pesar de todo, sigue conformando la fiel comitiva que impone la seriedad estricta de un glorioso cortejo de muerte y pasión.



Ay nazareno...

Nazareno de nueva cuna
que naciste improvisado,
sin buscar fama alguna,
con lo simple ataviado.

En Domingos y Jueves,
vistes verde y morado
y luces púrpura entero
los Lunes, los Martes
y los Viernes Santos.
Que el Miércoles cambias
al completo tu hábito
despojado de capa alguna,
negra azabache la túnica,
antifaz rojo, cingulo de esparto.

Nazareno de promesa, pies descalzos,
que guardando en secreto tu nombre,
caminas por el desamparado.

¿Dónde estás nazareno?
¿Por qué guardaste tu hábito?
Anda y remienda las costuras,
vuelve a peregrinar a mi lado.

¿Dónde estás nazareno?
Vuelve a las calles de Azuaga,
haz que me recoja y tiemble
como hacías cada Semana Santa.



Acuestas de un Silencio en Expiración:

Son las nueve de la noche. El pueblo ruge en la Calle Iglesia, esperando la salida de un nazareno que aguarda paciente su sentencia. “¿Qué lo maten? ¿Quién lo ha dicho? Que ni lo toquen siquiera”. Un llamador sube al cielo para golpear la puerta por la que saldrá Nuestro Padre Jesús con la Cruz Acuestas.

Sólo el redoble en seco de una caja que entona una marcha digna de la realeza más sacra puede romper la calma con la que, en ese momento, comulgan expectantes un aluvión de almas. Es entonces, cuando el susurro de la corneta asciende ligeramente el tono hasta desbordarse en “Sangre y Agua”, acorde en el que el metal resuena, acompañando fuerte y sonoro la imagen de un Cristo aterciopelado de grana y oro. Y así va asomando cuando el reloj de la parroquia marca las nueve y cuarto. Cabizbajo, avanza extenuado por la condena del mundo, por el peso de la cruz que ha de arrastrar hasta el monte Calvario. Cruz de redención, maldita de pecado, a la que se aferran unas manos, ya sin fuerza, buscando inexorable consuelo para una muerte que acepta.

Y Azuaga, absorta en su limpia mirada, seca la sangre de su cara en una verónica de rosarios, oraciones y plegarias, buscando respuesta al atrevido deseo que ronda sus ganas: Quién fuera las espinas que se clavan en tus sienes para coronarte humildemente como rey reyes. Quién fuera la túnica que te cubre de bienaventuranzas, que te glorifica hasta los confines y a la cumbre te ensalza. Quién fuera el madero al que con tanta fuerza te abrazas para sentir cada aliento del amor y perdón que emanas. Quién fuera el cirineo que te ayuda a soportar el castigo, el dolor, el peso y la carga que la divina providencia te aguardaba.

¡No lo golpees más, romano! ¡Déjalo en paz! Retira tu flagelo y permítele caminar, caída tras caída, hasta la cumbre del Gólgota, entre “Bulerías de San Román”. Dale tregua que respire, para de azotar. ¿A qué viene tanto rencor? Tan sólo te pido un poco de compasión para cuando llegue a su encuentro su santa y pobre madre del Mayor Dolor.



Encuentro de fe y de ternura que en la plaza del Cristo busca abrazar al mismo niño al que su madre paseaba con dulzura. Despertar de la vida, retorno al vientre, apego al pecho que lo alimentó y ahuyentó sus pesadillas. Encuentro de dolor desmedido, de desconsuelo indefinido, de lágrimas de una madre que brotan en cascada, abatida por el desastre. Encuentro. Encuentro de amor y desprendimiento. Encuentro de llanto, preludio de Miércoles Santo, recodo de Expiración... ¡Y de Silencio!

Cae la penumbra en la noche, el frío se adueña de las calles que visten de negro y a lo lejos, el repique infinito de una campanilla al vuelo, anuncia la llegada de la muerte y el ocaso de los tiempos: se hace el silencio.

Una cruz, erguida con penitencia, se abre paso entre las tinieblas, precediendo a dos faroles prendidos que anuncian una comitiva de ánimas en pena que marcha, a corto paso, arrastrando suelas de esparto y pies descalzos. Negra la túnica, escarlata el rostro, no es la Santa Compañía, sino hombres y mujeres devotos. Y portando hachones y ciriales, iluminan el camino lúgubre al Gólgota y a la desdicha del Padre, dejando tras de sí un rastro de cera roja como la sangre. El cielo enmudece y sopla el viento: se hace el silencio.

Una música triste ennegrece el cortejo y acalla el llanto de una madre sin consuelo desgarrada por ver a su hijo clavado en un madero. Y sobre un cojín, una corona de espinas y cuatro clavos expuestos, simbolizan el dolor, el perdón, la ira y el arrepentimiento. No hay luz, sólo tristeza, la vida se apaga y el hijo de Dios agoniza sin que nadie interceda. "INRI" se lee en el letrero y tiene el crucificado la mirada puesta en el cielo. Es Jesús el rey de los judíos, el Cristo nazareno. Calla el mundo y se detiene el tiempo: se hace el silencio.

De sus vestiduras ha sido despojado, ante el pueblo humillado y con su propia cruz hasta el lugar de su óbito ha cargado. Y languidece entre jadeos, exhalaciones y suspiros, porque el Dios hecho carne es hombre y se resiste a su fatal destino. Corre sangre sobre su rostro y sobre su cuerpo, dicen que con ella lavará la culpa del mundo entero. Si todo lo escrito es cierto, cuánta paz deberá dejar tanto sufrimiento: se hace el silencio.



Y la oscuridad de la noche enlutece el rostro de Jesús Nazareno que hace temblar la tierra y tronar el firmamento. Y suena la campanilla, pregonera de expiración, agonía y término, anunciando el ocaso de este mundo y el alba del Reino de los Cielos. “Eloi, Eloi, lama sabactani”, susurra el viento: se hace el silencio.

Dime por qué, Esperanza

¿Por qué los ángeles revolotean danzantes
cuando agitas con arte tu sonajero de plata?
¿Por qué los querubines juegan con tu verde manto
bordándote alabanzas en hilo de maná y nácar?
¿Por qué los serafines se gustan entonando
una salve reina de “Encarnación Coronada”?

Dime por qué, Esperanza

¿Por qué el Sol aguanta hasta última hora de la tarde
para iluminar radiante la redondez de tu cara?
¿Por qué se desprende de sus mejores flores el campo
para cubrir de colores tus pasos derrochando petaladas?
¿Por qué el aire huele a incienso de canela y miel,
de alhucemas, jazmín, azahar y goma arábica?

Dime por qué, Esperanza

Dime por qué a tu paso se calman las aguas
y la Espirilla se torna Bembézar en calma
por el que navegas sobre las andas
que portan tus costaleros en marejadas
de un mar de fe, océano de confianza.



Tú, flor de cera,
despertar de vida,
aliento de primavera,
¿por qué eres mecida?

Tú, madre verdadera,
mujer sencilla,
de entre todas, reina,
¿por qué eres patrona de cofradía?

Dime por qué aún no ha salido la luna
y ya brillan dos estrellas,
son tus ojos, señora,
relampagueando entre velas.

Dos lirios que arrancan
un firmamento de azucenas,
un vendaval de emoción,
arrullando desde un balcón
la confesión de una saeta.

Dime por qué bailas, Esperanza,
dejándote llevar por la música de esa banda
de notas de almíbar, pentagramas de caramelo,
aromas de “Canela y Clavo” que endulzan
tu lindo vaivén de columpio altanero.

¿Por qué derrocha el cielo gracia
desbordando tu palio con magia,
empapando tus varales y bambalinas,
inundando tu peana, avivando tu candelería?



¿Por qué será que te acunan con tanta gracia
como a tus primas la Macarena, la de la O, la de Triana,
o a esa malagueña de Dulce Nombre que tanto talle aguanta?

Dime por qué, Esperanza.

¿Por qué al golpe de campana
despiertas vítores y clamores de Ave María?

¿Por qué te elevan tus costaleros al cielo
en cada una y hasta la última levantada?

¿Por qué razón te gritan guapa?

Quizás sea porque en tu nombre llevas paz y bienaventuranza,
porque eres maestra inmaculada, árbol de vida y enseñanza,
fuente eterna de auxilio, de salvación y socorro venerada.

Porque siempre que sonrías te centellea la mirada,
porque eres bravo estandarte de júbilo y regocijo,
el vivo espejo del amor de una madre por su hijo.

Dime por qué, Esperanza.

¿Porque en tu momento más triste confiaste en Dios y en su palabra
y jamás te compungiste desdichada y desesperada?

¡Dime por qué, Esperanza!



Humilladero de Azuaga

Azuaga tiene un vecino que en la madrugada del Jueves al Viernes Santo sale a las calles para ver a sus hijos.

Jamás he conocido a nadie con tantísimo poder capaz de poner a tanta gente de acuerdo. Yo no recuerdo cuándo lo conocí, pero puedo intuir que fue como la mayoría. Apenas habiendo nacido, sin ni siquiera haberme visto toda la familia, aún sin haber abierto los ojos por completo, mis padres me llevaron ante él para presentarme y darle testimonio de mi vida, para buscar amparo en lo que me deparara el destino y para guardarme hasta en los sueños cuando me acecharan las peores pesadillas. Curiosa costumbre esta de Azuaga, en la que, sin compartir sangre, todos nos consideramos hijos de un mismo padre. A él acudimos desde bien chicos asiduamente a visitarle: ya sea de la mano del abuelo, en brazos de la abuela o en el carrito que empujaban nuestras madres. “Mira, ese es el Señor”. Ese, sí, ese, el hombre que yace muerto y ensangrentado, herido en un costado y clavado a una cruz de madera y oro por tres clavos, el mismo que no te mira de frente por que tiene vencido el cuello y cerrados los ojos y su rostro sólo muestra la paz y el descanso, el final del sufrimiento y la agonía. Ese es el Señor.

Humilladero le dicen porque, cuentan que, desde siempre, todo el que pasaba ante él, se postraba humildemente. Y yo así lo creo. Lo creo porque me pasa. Porque desde el cristiano al agnóstico, hasta al más recalcitrante ateo, aún no he conocido a nadie que, al verlo, no se encoja y se vea forzado a santiguarse. Impresión, lo llaman algunos; Fe, lo llamo yo. Podemos discutir lo que queráis, pero lo que es innegable es el inexorable silencio y respeto que evoca tan magna imagen. Que cuando Francisco de Ocampo lo entregó, jamás pudo imaginar que sus manos parieran en la perfección del Calvario la magia omnímoda e imperecedera que, a lo largo de cuatro siglos, ha llevado al hijo de Dios traspasando corazones y fronteras. Humilladero, santo y seña de mi pueblo, más grande que la parroquia,



más alto que el castillo, más peso que un político, más generador de fe que cualquier presbítero.

Pero que nadie se confunda, mi Cristo no está muerto, él sigue obrando milagros, me guía, le hablo, me susurra, me consuela, me da ánimos... Sinceramente, nunca tendré bienes, espíritu ni fuerzas para agradecerle tanto. Gracias por hablarme al alma cada vez que te pienso, cada vez que te miro y te rezo en secreto: Padre Nuestro que estás en los cielos, gracias por este padre putativo y por concederme a mis dos abuelos. Santificado sea tu nombre por mandarme a mi madre, por mis abuelas y mi hermana y gracias por dejar a mi vera a la que te dio a luz para que por siempre me proteja. Gracias, Padre, por darme un techo, por el pan de cada día, porque nunca me ha faltado de nada al calor de mi familia. Gracias, Señor, por ayudarme a levantarme, por perdonar mis ofensas, no dejarme caer nunca y nunca abandonarme, porque hasta en mis momentos de mayor flaqueza bajaste de la cruz para consolarme en el silencio de la oración, en una confesión limpia y sincera. Gracias, Cristo, por tu fuerza, por hacer tu voluntad al no abandonar a los míos en el yugo de la enfermedad, en el trance de la muerte, en el luto de la tristeza y en la más desamparada soledad. Gracias por librarlos del mal, por despedirlos abrazándolos perpetuamente en el descanso eterno y darles la paz que siempre buscaron entre los vivos.

Te miro y me cuesta hablarte, te hablo y me cuesta oírte, pero no te oigo y, créeme, puedo sentirte. Puedo sentir tu fuerza, Humilladero, tu supremo poder, penetrando en los poros de mi piel. He soñado contigo, con tu palabra, con que me aguardabas en la puerta de tu iglesia y me invitabas a conversar tranquilamente con toda la franqueza, con que me buscabas y me traías de vuelta a quienes dijeron adiós a la fuerza. No sé si será una señal, pero sí un cambio. De niño te pedía caprichos y ahora te imploro milagros, la piedad y el perdón que alcanzan a suplicarte cualquier pecador. Pregúntame porque han pasado los años y cada vez pido más a Dios. Desconfiado de mí, siempre te pido un gesto, de lo cual me acabo arrepintiéndome cuando fríamente me paro a pensar que no soy nadie para exigirte y ni siquiera



dudar. Por eso mismo, no quiero juegos ni falsas promesas en tu nombre, que nadie se adueñe ti ni se de golpes, porque si algo me enseñaron mis mayores, fue llevarte con devoción sin aspavientos ni exageraciones, por que únicamente el mutismo y las acciones son las que de verdad acercan a Dios al hombre.

Por eso no me hacen falta Jueves Santos ni Madrugadas para decirte lo que siento a diario, Humilladero de Azuaga. Pero ¡Hay que ver lo que luces!... Hay que ver lo bien que te sienta tu plaza de noche y ese Calvario de claveles del que tus hijos te cubren y sobre el que tú, todopoderoso, te yergues iluminado de vida por cuatro hachones de roja sangre, que si no supiese que eres una talla te pediría que me hablases. Y aún bajo tu paso, arrastrando mis suelas de esparto para acercarte a mis hermanos, te sigo implorando que por favor me digas algo. ¡Dime algo, Señor! Dime, ¿qué es lo que te pasa? ¿Por qué esta noche callas? ¿Es por aquellos que partieron o por los que se retiraron? Dime, Señor, ¿echas en falta la mano de Eusebio, el tacto de Miguel, el mimo de don Tobías o las bromas de Plácido? ¿Verdad que tú también notas que cada año nos falta alguien más en el paso? Prométeme que según vayamos llegando nos seguiremos enfajando, turnando y relevando, recogiendo tus flores como cada Sábado Santo, que no faltaran reuniones ni cenas donde nos juntemos otra vez y podamos abrazarnos y contar las nuevas. Júrame que no habrá recogida, que presentaremos al pueblo una y otra vez y que con la misma candidez con que movemos tus caídas nos llevarás a todos en procesión hasta al hueco que a tu derecha prometías, después de despedirnos a todos en la misma iglesia en la que nacer y crecer nos vieras.

No te pido más, padre, sólo que cuando aquí ya no quede nadie, por siempre guardes el amor de tus costaleros y de un pueblo que entonaron hasta el último aliento el grito de este pregonero:

¡Viva el Cristo del Humilladero!



Como cuando era un niño:

Quisiera volver a ser un niño para poder darte la mano y que me llevaras entre la multitud a ver la salida del Viernes Santo. Agarrarme a tu pantalón y preguntarte por la procesión: que quiénes son los de negro en ristre sable, que por qué la mujeres visten de luto y se cubren el pelo, que por qué aquellos enchaquetados sacan un féretro y la Virgen se sube a un trono de plata y oro. Quisiera que me lo explicaras todo de nuevo, aprender poco a poco y llenarme de orgullo con tu sabiduría y tu conocimiento. Que me dijeras que el Señor ha muerto y que hay que guardar silencio porque estamos en su Santo Entierro. Que a quienes lo guardan les dicen alabarderos y que esas mujeres que lloran en el cortejo se hacen llamar mantillas y preceden a una madre abatida que Dolores se apellida.

Quisiera volver a tus arrugas, a tus sienes encanecidas, a jugar con tus gafas y a perderme en tu sonrisa. A dejarme llevar por tus chanzas y a cogerme en clavos para sentirme de entre todos el más alto. Que al terminar el recorrido me llevaras a casa tarareando las marchas que había tocado la banda y que me despidieras deseándome unas felices Pascuas. Poder verte en un campo espigado y verde, donde fuiste feliz y dejaste lo mejor de ti. Correr a tus brazos cada vez que sonaba el timbre, saltar a tu cuello y darte en la mejilla mil besos para sentir tu cara afeitada y aferrarme al olor de tu colonia avinagrada. Quisiera que gesto tras gesto me demostraras que vale la pena obrar bien y disfrutar de esta vida. Que en el camino se muere luchando, que nunca se deja sin sembrar la tierra porque, al final del todo, tiene que haber algo.

Ya nadie abrirá tu armario, ni tocarán tu chaqueta de lana, tus pañuelos permanecerán doblados y tus gorras se quedarán guardadas. Dejaste aparcado el bastón de tus paseos y ahora tus botas, tus zapatillas y tus zapatos duermen en las mismas cajas en las que se estrenaron. El móvil ya no suena, aunque algunos seguimos esperando que su luz azul se encienda aguardando una llamada que nunca llega. Nadie ha vuelto a tocar tu cartera, donde guardabas las fotos de tus



hijos y la de éste que te recuerda, a los que protegía tu Cristo en forma de estampa con grietas, el mismo que te guarda al lado de tu nombre grabado en piedra. Has quedado para flores y recuerdos, para llantos y anécdotas, pero no para dejar vacío ni olvido en los años que vengan.

Quisiera dormir y oír tu voz de nuevo. Quisiera escuchar de tu boca que la Resurrección existe, que no es un misterio. Que ahora estás más vivo que nunca, que no te faltan risas ni buenos gestos. Que has probado la gloria y que Dios te ha hecho un hueco. Quisiera escucharte decir que no se está tan mal pero que en cierta medida echas de menos las cosas que dejaste atrás. Que ahora eres eterno y que no te despistas ni un poco de cada uno de mis acontecimientos. Que me sigues y me acompañas, que te sientes orgulloso y que a veces te extrañas de lo que han cambiado las cosas en tu casa.

Quisiera volver a ser un niño, no despertar nunca de esta quimera de anhelo. Sentir que te doy la mano y la aprieto con denuedo para no soltarla jamás y no perderte de nuevo. Cerrar con fuerza los ojos porque no quiero despertar de este sueño y dejarme llevar por tu luz de amor firme, Escobero.

¡“¿A DÓNDE VAMOS, ABUELO?” “AL REINO DE LOS CIELOS”!

